



CRÓNICA

Antes de reseñar las fiestas de Noviembre, las cuales cerraron mejor de lo que se creía el período de manifestaciones, alardes y regocijos públicos inaugurado en Agosto, conviene dedicar algunos párrafos á los Congresos literario y mercantil, importantísimos ambos por sus deliberaciones y por sus probables cuanto anhelados efectos. Uno y otro merecen especial mención porque corresponden á las dos grandes órbitas paralelas en que giran todos los pueblos cultos.

Comenzó el Literario sus tareas el día 1 y las dió por concluídas el día 10, con un discurso del Sr. Echegaray; pieza vibrante, genial y vigorosa como cuanto nace en la mente del famoso dramaturgo.

En él, más que en ningún otro de sus similares halló propia encarnación el espíritu de fraternidad que á través del Océano une á la gente ibérica; cosa natural pues nada tan fuerte como el vínculo del idioma para mantener vivo el recuerdo de los orígenes y glorias comunes, asegurando de paso el cambio mutuo de aspiraciones, sentimientos é ideas.

Conservar la lengua patrimonial es asunto que interesa lo mismo á España que á las dieciséis repúblicas de la América española. Dada la persistencia de aquélla durante cuatro siglos, en tan vastos y disgregados territorios, poco esfuerzo se requiere

para guardar su pureza é integridad, sin cerrar la puerta á modificaciones racionales que la remocen y aviven. Ni puede haber inconveniente en aumentar su caudal con voces nuevas engendradas en las comarcas ultramarinas para lograr la expresión ó designación de objetos, operaciones y necesidades de que por acá no había noticia en los días del descubrimiento. Así lo entendió el Congreso al proponer la formación de un Diccionario vulgar, aplicable á las naciones de ambas partes del Océano y adicionado con todos los vocablos de utilidad reconocida, sancionados aquí y allá por el uso.

Claro está que debía agregar, como agregó, dos condiciones elementales é imprescindibles. La de que tales neologismos respondiesen á la precisión de exteriorizar una idea falta de vehículo adecuado, y la de que en sus terminaciones, acentuación y desinencia se acomodasen á la morfología y naturaleza del nativo idioma.

Propuso además las siguientes medidas. Publicación por la Academia de una gramática histórica, demostrativa del proceso que, á través de los tiempos, ha seguido la lengua castellana y de las leyes ó fuerzas que han determinado sus varias modificaciones; establecimiento en la Biblioteca Nacional de una sección de autores americanos; reforma de las tarifas postales y aduaneras para facilitar el comercio de libros; estipulación de tratados de propiedad intelectual; concierto de literatos y editores, y cooperación de los agentes consulares en la obra meritísima de franquear los mercados de uno y otro continente á las respectivas literaturas.

Loable es la empresa, pero resultará infructuosa si todos sin excepción no contribuímos á desenvolverla en provecho y honor de nuestra raza.

No menores ventajas ha de reportar el Congreso Mercantil, inaugurado el 7 de Noviembre y terminado el 12. Justamente, el desarrollo de los intereses materiales es lo que representa mayor suma de fuerza vital en las sociedades modernas. Las armas y la religión han servido en el curso de la historia para poner en contacto las nacionalidades, pero fué siempre el comercio su auxiliar más eficaz y poderoso. A título de conquista fundaron los romanos su dilatado imperio, pero tan sólo por medio de las relaciones mercantiles pudieron consolidarlo.

Despertar el aliciente de las transacciones beneficiosas y remover los obstáculos físicos opuestos á la corriente de mutua simpatía, era el mejor procedimiento para establecer entre España y la América española un pacto de unión inquebrantable. Á este fin se encaminaron los debates del Congreso, y en él se han inspirado sus conclusiones. Pídese en ellas el régimen arancelario de 1869, con una sola columna; inteligencias comerciales que hagan superior al trato de nación más favorecida el de las ibero-americanas; convenios sobre correspondencia y paquetes postales en condiciones mejores que las de los servicios extranjeros, y la cooperación del cuerpo consular debidamente organizado para todo lo que concierne á informaciones y giros. Respecto á las Antillas que dan á España el carácter de nación americana, el Congreso juzga ineludible la reforma de las leyes políticas, administrativas, civiles y penales en el sentido de assimilarlas á las vigentes en la Metrópoli. Propone la creación de un Banco

internacional que para evitar los inconvenientes de diversos sistemas monetarios, irreductibles todos ellos, supla los valores efectivos por otros fiduciarios, cuya circulación esté garantizada por los Estados convenidos. Estima, en fin, que á la iniciativa de los particulares toca hacer lo restante, una vez obtenidas las facilidades económicas que se solicitan de los Gobiernos.

El estudio de la geografía ibero-americana, el conocimiento de las necesidades y los productos de las distintas comarcas, los depósitos de mercaderías, las Exposiciones permanentes, el cambio de muestrarios, etc., son cosas que se recomiendan de suyo al interés de los negociantes y á la actividad de las asociaciones ó empresas mercantiles.

Plegue á Dios que tan buenos propósitos alcancen realización y que el entusiasmo no se extinga con el eco de las últimas salvas, dejando únicamente el recuerdo y el humo.

*
* *

De los festejos celebrados en la vía pública, fueron notables y vistosísimos la manifestación cívica organizada por el comercio y los gremios, y la cabalgata histórica que corrió á cargo del Ayuntamiento de Madrid.

Salió aquélla en la tarde del día 6, favorecida por un espléndido sol y una agradable temperatura.

Formaban su principal ornamento tres bellas carrozas.

La llamada del Comercio, de cuatro metros de ancho, seis de largo y siete de altura representaba un muelle de carga, con su machina. Al pie de ésta figuraba un falucho atracado y con las velas recogidas; sobre el muelle, una locomotora con tender y vagoneta y multitud de fardos, paquetes y cajones. Por remate del montón campeaba una estatua de Mercurio.

La del gremio de vinateros componíase de una barca repleta de toneles y de tres columnas que arrancando de éstos sostenían en la cima una efigie del dios Baco.

La de la Industria era también muy hermosa. Sobre una extensa plataforma asentábase una fábrica, con chimenea de seis metros de altura, que fué exhalando bocanadas de humo durante todo el trayecto. En la gradería que servía de ingreso á la fábrica, una buena estatua de la Industria, un yunque y varios útiles é instrumentos de mecánica. En el tramo más bajo, varios grupos de ángeles, sentados unos en prensas, subidos otros en postes telegráficos con los auriculares del teléfono en el oído, y entretenidos dos de ellos en aserrar un tronco. Nada mejor combinado, ni más artístico que el conjunto.

Todos los gremios habían concurrido con lujosos estandartes, entre los cuales se llevaban la palma el de ultramarinos y el de cafeteros.

En pos de cada guión marchaban los obreros é industriales respectivos, lo cual daba á la procesión una vida y una realidad no igualadas en ceremonia alguna de pa-

recido linaje. Es seguro que aquel día desfilaron en buen orden por las calles de Madrid más de tres mil hijos del trabajo, con quienes se identificó de seguida la entusiasmada muchedumbre.

Era de ver el grupo de vinateros, montados en briosos caballos, y mostrando en el traje una graciosa uniformidad, tan distante de los arreos militares, como de los chillones arameles propios de la manolería.

Con los gremios pasaban mezcladas asociaciones, escuelas, academias é institutos, así de cooperación como de enseñanza y beneficencia. Conviene decir que todas las agrupaciones rivalizaron en celo, desprendimiento y buen gusto. Los tablajeros, por ejemplo, llevaban dos fuertes mulos, aparejados á la antigua usanza, sobre cuyo albardón, recubierto con limpio repostero, brillaban los garfios en que antaño era conducida la carne, de modo harto más pulcro que en los fementidos carros modernos.

Entre los machos caminaban reposadamente varios merinos y dos magníficos cebones, uncidos á un yugo dorado. Las pezuñas y las astas de los bueyes, doradas igualmente, comunicaban á la pareja un aspecto pagano muy agradable á la vista.

Tal idea decorativa honró al gremio, acreditando su cultura.

De las carrozas, obtuvo la de la Industria la preferencia de los espectadores, y no por más bella ni por mejor combinada, sino porque ostentaba un adorno con el cual no había competencia posible: dos lindas jóvenes, que representaban las colonias vínicolas á la par que la gentileza madrileña.

Merecen, en verdad, extremados elogios los comerciantes é industriales de la capital de España, pues fué no sólo admirable, sino conmovedora, por lo que significaba, su manifestación en honor de los descubridores del Nuevo Mundo.

Nada tan expresivo y grandioso como el desfile de todos los elementos productores de Madrid, asociados para sentir y conmemorar la más alta y más pura de nuestras glorias. Era debida su gratitud, porque el hallazgo de América proporcionó al comercio universal increíble desenvolvimiento y al español incalculables ventajas. La inmensa deuda moral contraída por los mercaderes del siglo xv, quedó bien pagada por sus ilustrados sucesores del siglo xix.

Al domingo siguiente, 13 de Noviembre, tocó por fin el turno á la cabalgata histórica, anunciada en programas y carteles para mediados de Octubre.

Á las doce y media de la tarde se puso en marcha desde el Hipódromo la teatral y simbólica comitiva.

La primera parte era un recuerdo vivo de la conquista de Granada, traducido á la realidad con arreglo al célebre cuadro de Pradilla, y mediante un detenido estudio de la armería é indumentaria de época.

Abrían paso cuatro heraldos á caballo, en cuyas dalmáticas resplandecían las armas de Castilla, León, Aragón y Sicilia, acuarteladas, y en los sendos estandartes las de los Reyes Católicos. Dábanles escolta 20 ballesteros y otros tantos arcabuceros, perfecta é históricamente equipados.

Dos walíes granadinos precedían á Boabdil. El Rey moro, aderezado tal cual está

en el cuadro modelo, regía con la siniestra mano un valiente potro, y apretaba en la diestra las llaves ya inútiles de la ciudad nazarita. El encargado de desempeñar tal papel conocía sin duda el personaje, y lo reemplazaba á las mil maravillas, tanto por la propiedad de las ropas, como por la dignidad del continente. Hasta la fisonomía y la contextura tenían algo de morisco, siquier el rostro pecase de demasidamente atezado, tratándose, como se trataba, de un Monarca que, si no mienten las historias, aunque moro, fué rubio. Iba el hombre melancólico y abstraído, como si le abrumase el recuerdo de las grandezas pasadas y el presentimiento de una muerte obscura en los desiertos de la Numidia; refrenaba con ademán nervioso el caballo, y sus ojos, apartados de la multitud, miraban tan sólo hacia adentro. Si por juramento nos lo pidieran, afirmaríamos sin vacilar que aquel español fué musulmán y Rey de verdad durante algunas horas. Verdad es que para lo uno y lo otro tienen los más de los españoles excepcionales aptitudes. Un esclavo á pie acompañaba á Boabdil, sin llevarle el caballo del diestro, cosa no permitida quizá por el soberano, que alardeaba, y con razón, de experto caballista.



Detrás marchaban, formando el séquito, doce caudillos moros, espléndidamente ataviados.

Los frailes de la Rábida avanzaban en pos de abencerrajes y zegríes. Eran nada menos que 40 los santos varones, envueltos en el hábito gris, y, aunque no despertasen con su presencia ideas enteramente religiosas, hay que reconocer que tampoco provocaban demasidamente á risa. Rasurado el rostro, con las manos ocultas en las mangas, arrastrando las sandalias por el suelo y pellizcando los bordes de la faldamenta con los talones descalzos, aunque frailes de mentirijillas, diferían poco de los auténticos, á quienes en las grandes solemnidades veían nuestros abuelos cruzar las calles en análoga guisa, siquier con un tantico más de compostura.

Presidían la comunidad Fray Juan Pérez y Fray Antonio Marchena, ambos muy respetables y comedidos. Entre ellos, y bajo su patrocinio, figuraba el niño Diego, hijo primogénito del Almirante.

La tercera parte de la procesión correspondía á las carabelas.

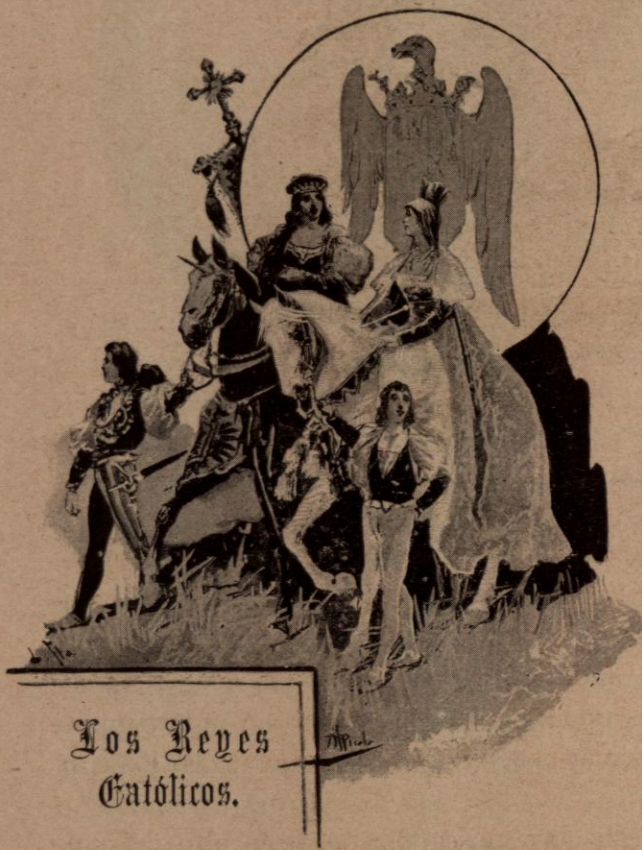
Los tres hermanos Pinzones, asistidos por varios mareantes, precedían á la *Niña*,

á la cual daban escolta soldados, grumetes y aventureros. En igual disposición avanzaban la *Pinta* y la *Santa María*. Las tres naves, construídas con arreglo á los planos del Sr. Monleón, y de tamaño no muy inferior al natural, interesaron extraordinariamente al público. Mejor que nunca, comprendía éste al contemplarlas y medirlas con los ojos, la magnitud de una empresa que más bien parece soñada que efectiva.

Pero ya vienen los Reyes Católicos. La multitud se agolpa á su encuentro con una avidez instintiva, no sabiendo si lo que va á pasar es una evocación ó una mascarada. Su natural propensión á ver el lado cómico muéstrase contenida por vagos sentimientos de respeto entre cuya oscuridad se remueve el patriotismo.

Doce guardias con largas picas al hombro hacen sitio á clarines y atambores, tras de los cuales adelantan dos maceros.

He allí á Isabel y Fernando. La primera es una gallarda mujer de noble y bello



semblante, que viste con no fingida majestad regios briales de seda azul recamada de oro, y amplio manto de terciopelo del mismo color franjeado de armiños. La corona y la toca se adaptan á su juvenil cabeza como si para ella estuviesen destinadas. La reina de un día gobierna con aplomo y soltura la blanca hacanea. Una diferencia salta á la vista, diferencia mayor aún que la de los años y que la existente entre los objetos reales y sus imaginarias reproducciones. En la mirada de la soberana de teatro no resalta como en la de la magnánima Isabel la modestia, sino el orgullo.

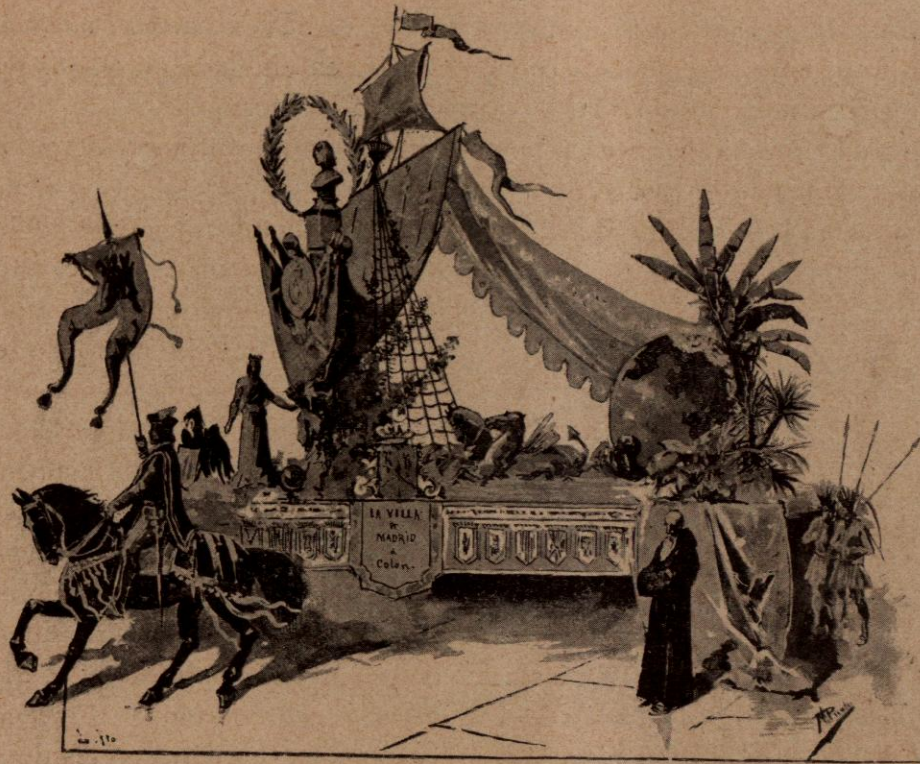
Don Fernando con su ropón y birrete de grana, lejos de descomponer, completa el cuadro. Galanes van los dos esposos postizos, y la muchedumbre los aplaude, ya que no convencida, satisfecha.

Cuatro lindos pajecillos conducen los caballos, y á corta distancia siguen los infantes Don Juan y Doña Juana, admirablemente caracterizados y vestidos. Doña Juana la Loca es una delicada rubia de quince años, á quien sientan de un modo primoroso la toca azul con vueltas blancas y el traje de terciopelo verde y oro.

El gran cardenal Mendoza, Fray Hernando de Talavera y Fray Diego de Deza, avanzan al paso de sus tardas mulas, y cierran la comitiva, en marcial pelotón, Gonzalo de Córdoba, el conde de Tendilla, los maestros de Santiago y Calatrava, infanzones, adelantados, hombres de armas y donceles.

Fué este uno de los grupos más lucidos y mejor sentidos de la cabalgata.

El alegórico del descubrimiento componíase de veinticuatro indios é indias (no mal trazados) de Guanahani y la Española. Cuatro de aquéllos conducían en parihuelas ídolos, palmas, guacamayos, piñas, armas y diversos objetos de los hallados en el primer viaje al nuevo mundo. La carroza monumental por ellos rodeada era pura y



sencillamente magnífica. Entre las ruinas de un edificio azteca formaban trofeo los atributos de la guerra y la navegación, sirviendo de base al busto del almirante, circundado, como de un nimbo, por una inmensa guirnalda de laurel y roble. Hacía de dosel la vela mayor de la *Santa María*. Al pie de las gradas, España acogiendo cariñosamente á América y mostrándole el escudo de la Reina Católica. A la parte posterior, y en una concha tirada por caballos marinos, el globo terráqueo con los contornos del nuevo continente.

Una fina y amplia gasa, salpicada de estrellas, descendía desde lo alto del palo mayor de la capitana é iba á caer sobre el mundo, como abarcándolo y simbolizando la unión de ambos hemisferios. En resumen, una obra de arte.

Prestábanle guardia de honor dieciséis caciques indios, adornados ya que no vestidos con exóticos collares y multicolores plumas.

Dos coches de la real casa, uno de ellos el llamado de Doña Juana la Loca, y los de gala de los Cuerpos Colegisladores, Diputación y Ayuntamiento ponían término á la cabalgata.

Esta manifestación hizo raya entre los festejos públicos del Centenario, pese á los muchos aplazamientos y á no pocos desconfiados augurios.

Hay que aplaudir al Ayuntamiento que supo organizarla de tan cabal manera, y los directores artísticos Sres. Burgos (D. Javier) y Bussato. No hubo detalle olvidado ni pormenor desatendido. Marchó todo con orden perfecto, y se atendió en armas, trajes y ornamentos á la más rigurosa exactitud histórica. Entre los capitanes y caballeros veíanse arneses auténticos de considerable valía. Presidieron, como atrás decimos, la seriedad y el buen gusto, sin que el alarde en ninguna de sus partes tuviese el menor tinte carnavalesco. Cierta que, traspuesta la puerta de Alcalá, el gran cardenal de España, abandonando las riendas de su mula tarda, encendió y saboreó tranquilamente una pipa. Pero aun sin contar con que ya entonces comenzaba la dispersión, el hecho, siquier un tanto anacrónico, no dejó de resultar muy simbólico y expresivo, dado que el tabaco es en efecto una de las producciones más características del Nuevo Mundo.

* * *

Para atender á lo principal y homogéneo hemos tenido que alterar el orden cronológico y que pasar por alto algunas solemnidades, fiestas y reuniones, dignas de estudio ó de recuerdo. Tal ha sucedido, por ejemplo, con la recepción ofrecida el día 3 por el ministro de Ultramar á los delegados y representantes americanos; con la del 9 en el palacio de la Presidencia, donde á su vez los obsequió la Junta directiva del Centenario; con el baile del 12 en los salones del Círculo Mercantil, y con las sesiones del Congreso militar, improvisado á última hora, mas no por eso menos importante y fructuoso que los otros cinco ó seis incluidos con muchos meses de anticipación en el programa y organizados con todo el posible detenimiento.

Igual proceder empleamos ahora anteponiendo á las corridas de toros, visitas y festejos relacionados con la estancia de los reyes de Portugal en Madrid, la retreta verificada la noche del 15, y la cual, en consonancia con la significación de su nombre, sirvió de clausura á los regocijos y conmemoraciones del IV Centenario.

Partió de la Castellana mucho antes de la hora anunciada, por exigirlo así atenciones de la Corte, y duró poco más de hora y media.

Componíanla las bandas de cornetas, músicas y escuadras de gastadores de toda la fuerza de infantería de la guarnición; las bandas de trompetas de la caballería y artillería; cuatro secciones del regimiento de la Reina con lanzas, y tres de cada uno de los de Lusitania y María Cristina. Cada batallón había además enviado 20 hombres al mando de sus respectivos alféreces.

En Recoletos, á pesar de la amplitud de la vía, era casi imposible abrir paso entre el formidable y espeso oleaje humano, que confluía de todas partes ávido de contemplar de cerca el desfile de la tropa, que alumbrado por múltiples farolillos de colores producía el más peregrino y fantástico efecto.

Marchaba al trote la caballería y á paso redoblado la infantería, con lo cual las luces bullían y se entrelazaban en vertiginoso remolino, no de otra suerte que si una legión de espíritus y brujas atravesase por Madrid en demanda de los arenales de Cangas ó de los picachos del Brocken.



PASO DE LA RETRETA POR RECOLETOS LA NOCHE DEL 15 DE NOVIEMBRE

Los infantes de línea llevaban faroles blancos; los cazadores, verdes; la caballería, amarillos, rojos y azules. En el centro de la masa, tambaleábase una gran farola, arrastrada por mulos de la artillería é iluminada con focos eléctricos verdes, blancos y rojos. En el Patio de la Armería estuvo en poco que ocurriesen conflictos y desgracias; pues tres ó cuatro mil personas allí apostadas con anterioridad para mejor oír el concierto formaban un verdadero y clamoroso macizo.

Despejado, á costa de grandes esfuerzos un reducido espacio, las músicas, charangas y bandas agrupadas alrededor de una tribuna que ocupaba, como más antiguo, el músico mayor del regimiento de Asturias, efectuaron el siguiente programa:—*Marcha real portuguesa*.—*Marcha real española*.—Retreta de caballería.—Retreta por todas las músicas, charangas y bandas de cornetas reunidas.—Sinfonía de *Cleopatra*, por las músicas.—*Zortzico*, por las charangas.—*Jota aragonesa*, y *Paso doble*, por el conjunto.

Las piezas más aplaudidas fueron el zortzico y la *Jota*.

Débase confesar que al pueblo de Madrid le supo á poco la retreta; cosa muy com-

previsible, pues otras mejores había visto en época no lejana. Además, como se había hablado tanto de un *día militar* consagrado al Centenario, todo el mundo imaginaba y esperaba maravillas.

De cualquier modo puede afirmarse que la fiesta nocturna del 15, ofrecida á las familias reales portuguesa y española, fué, no obstante la modestia y la fugacidad, digna de tan alto empleo.

* * *

El día 10 llegaron á Madrid los reyes de Portugal, á quienes hizo la villa cariñosísimo recibimiento.

Con tal motivo, las postrimerías del Centenario fueron mucho mejores que los principios, gracias á la presencia de las dos Cortes, en ceremonias, comidas y funciones de gala.

Por vía de paréntesis, toda vez que la visita de los soberanos portugueses no tuvo sino relación indirecta con los actos y solemnidades á que debe contraerse esta crónica, hemos de decir que la reina Amelia y su esposo se granjearon la simpatía general, más todavía que por su amable juventud, por la buena voluntad con que mostraron tomar parte en los gustos, aficiones y hábitos del pueblo madrileño.

En tal concepto, la corrida de toros jugada el 16 á instancia de la princesa lusitana, fué un acontecimiento que marcará época, ya que no en la historia de las relaciones entre España y Portugal, cuando menos, en los anales del llamado arte taurino.

Es Doña Amelia de Orleans una dama inteligentísima, bondadosa, caritativa y versada en todos los conocimientos modernos; á pesar de ello, la mayoría de las gentes no reparó en sus visitas á museos y exposiciones, ni en la generosidad con que se interesaba por los necesitados y los tristes; la aplaudió y manifestó en su favor verdadero entusiasmo, después de observar la gracia con que llevaba nuestra clásica mantilla y la satisfacción con que batía palmas ante las gallardías y habilidades de nuestros más conspicuos toreros.

Y aun tomó proporciones mayores el transporte de los asistentes al ver cómo los diestros se llegaban por turno al pie del regio palco y saludaban poniéndose de hinojos. Diez ó doce mil personas de todas las clases sociales aplaudieron hasta deshacerse las manos aquella forma oriental ó canónica de salutación, y experimentaron sin duda los mismos estremecimientos y exultaciones á que da margen, según por ahí se cuenta, el espectáculo de lo sublime.

Conviene declarar dos cosas en nombre de la seriedad nacional y para desengaño de errores comunes. La primera, que este no es un país compuesto solamente de toreros y aficionados, pues lo que de Ebro y Duero abajo acontece, no se asemeja ni mucho con á lo que acontece de Duero y Ebro arriba. La segunda, que los reyes de Portugal merecieron y merecen por otros más altos conceptos las simpatías de Madrid y de España. Con su agrado, con el placer que demostraban ante la afectuosa

hospitalidad de que eran objeto, y con su propicia resolución de estrechar entre dos pueblos hermanos las relaciones mercantiles, ganáronse el respeto de todos.

En compañía de la Reina Regente, visitaron el 11 y 12 las Exposiciones Históricas y la Internacional de Bellas Artes, á las cuales, aunque con mucha anterioridad abiertas al público, sirvió como de inauguración oficial aquella solemne visita.

Y aquí vuelve á asaltarnos, lo mismo que otras veces, la vehemente tentación de expresar, con respecto á los dos grandiosos concursos, americano y europeo, toda la admiración que sentimos y todo lo bueno que pensamos.

Escritores de superior competencia han de apreciar en estas columnas la valía de los tesoros que allí se contienen; nosotros, encargados de lo pasajero y exterior, engañaremos el deseo, echando una rápida ojeada en torno del edificio.

El suntuoso palacio de Biblioteca y Museos, estrenado, por decirlo así, el día 30 de octubre, á los veintitantos años de la colocación de su primera piedra, honra al arquitecto que lo planeó, Sr. Jareño, muerto ha poco tiempo, al Sr. Ruiz de Salces, que continuó y mejoró las obras, al pueblo de Madrid y á España. Hasta nos atrevemos á afirmar que no habrá otro en Europa, donde bibliotecas y museos estén alojados con tanta espléndida y holgura.

De estilo greco-romano, (y conste que no se trata aquí de descripciones técnicas, las cuales corresponden de derecho á más doctas plumas), la soberbia construcción es de línea recta, y termina por los cuatro ángulos en cúpulas achatadas, de pizarra negra, sobre cuyas cimas apuntan al cielo las elegantísimas agujas de los pararrayos.

La sencillez de la traza general no perjudica, antes por el contrario, ayuda á la grandiosidad, armonía y belleza del conjunto.

En la fachada principal, que da á Recoletos, llama la atención el espacioso y bien proporcionado pórtico, sobre cuyas columnas asienta un ático con acroteras. Ocupa el tímpano el discutido relieve de Agustín Querol, que á la mayoría de profanos é inteligentes parece de todo punto admirable. Lo que no nos convence son las acroteras, innecesarias y embarazosas á nuestro humilde juicio. Pero hartos sabemos que en esto, el joven escultor ha debido someterse á la moda reinante, impuesta de tiempo acá por nuestros arquitectos civiles, y según la cual, todo lo que aquí no es mudéjar es egipcio, y todo lo que no tiene trazas de marabut, las tiene de mausoleo.

En el arranque y á ambos lados de la majestuosa escalinata, aparecen las estatuas sedentes de San Isidoro y Alfonso el Sabio. En el peristilo, las de Cervantes, Vives, Nebrija y Lope de Vega.

Tres enormes cancelas de hierro dan acceso al vestíbulo, que es, como la gran escalera de honor, de riquísimo mármol.

La fachada posterior, que mira á la calle de Serrano, ostenta un pórtico más sencillo, pero el doble cuerpo de columnata es de exquisito gusto. No nos lo parecen tanto, por su excesivo y pesado volumen, las dos esfinges que adornan, ó mejor dicho, ahogan el ingreso.

En el peristilo campean las figuras de Velázquez y Berruguete, la de este último muy hermosa.

Los salones de los dos pisos (en el bajo está la Exposición Americana y en el principal la Europea) alcanzan extensión y altura considerables. Todos tienen doble fila de ventanas al exterior y á los patios, con lo cual reciben la luz á torrentes.

La pintura es de colores claros, el herraje de las puertas nikelado, y la talla de algunas de ellas primorosa.

De los patios, dos merecen especial mención por su elegancia. Esbeltas columnas de hierro sostienen las monteras respectivas. El pavimento es de madera, excepto en el principal, grandísimo, y embellecido con macizos de plantas y flores.

Ante las dos entradas, desarróllanse jardines á la inglesa, que atenúan gratamente el matiz demasiado vivo del conjunto, y una verja de muy buena mano circunda el vasto edificio.

Apesar de ser tan espléndido y magnífico el vaso, todavía es mejor y más rica la esencia.

Si el lector no lo há por molestia, entre y eche con nosotros un ligero vistazo.

La primera sala á que por la derecha da paso el vestíbulo está destinada á varias instalaciones, así nacionales como extranjeras. Cuéntase entre ellas la del Perú, donde hay una buena representación escultórica de la conquista por los españoles del Imperio de los incas.

Costa Rica, que ocupa dos salas, expone una abundante colección de barros, cuya mejor pieza es un vaso negruzco, que casi se confunde con el bronce, y una gran piedra labrada, por la cual debió de correr muchas veces la sangre de las víctimas humanas ofrecidas á los dioses.

Sigue la República Oriental del Uruguay, alojada entre varias instalaciones de los Museos de Madrid. Los objetos y muestras que exhibe son propiamente etnográficos.

Guatemala ofrece, además de armas y enseres anteriores al descubrimiento, una valiosa é interesantísima serie de autógrafos y manuscritos.

La *República Dominicana* ha enviado la primera cruz de tablas plantada por nuestros abuelos en el lugar donde se erigió más tarde la catedral de Santo Domingo.

La *República del Ecuador* tiene, además de otras curiosidades, dos reproducciones de fortalezas y ciudades colombinas, y una cabeza de momia, reducida á pequeñísimo tamaño por misterioso procedimiento.

En la sala de *Nicaragua* merecen estudio la parte de cerámica y la de paleontología. La arqueológica acusa notorias concomitancias con la estupenda civilización azteca.

Nada menos que seis departamentos ocupa la gran *República Norte-americana*. Su principal objeto ha sido establecer una comparación entre los trabajos y labores hechos antes de la conquista por las razas autóctonas de América y los que, por sus descendientes más ó menos directos, son ejecutados ahora.

Las remesas de *México*, sabia y artísticamente ordenadas en cuatro salones, no van

en zaga á las de los Estados Unidos. Harto nos duele tener que pasar de largo ante aquel admirable y completísimo museo. Fijémonos tan sólo en los modelos del templo mayor de Zempoala, y nos haremos cargo del adelanto que alcanzaba, cuando por allí entró Hernán Cortés, el Imperio de Motezuma.

Colombia presenta numerosos barros y multitud de objetos extraños, desenterrados de sepulturas indígenas. La cerámica se distingue por el matiz dorado, con dibujos blancos, negros y rojos, y por la elegante delicadeza. Pero nada llama tanto la atención como los ídolos, joyas, ornamentos y vasijas de oro, cuyo valor, tasado por alto, excede seguramente de 100.000 duros. Y adviértase que la materia corre parejas con la mano de obra. Positivamente, entre las primitivas tribus americanas, las de la actual Colombia eran las que tenían mejor desarrollado el sentimiento artístico.

Suecia ha mandado libros y mapas, así como algunos interesantes hallazgos realizados en las costas del estrecho de Berhing. Alemania albums y reproducciones en yeso, algunas de las cuales han sufrido bastante deterioro. Síguense á los salones citados dos pertenecientes á los Museos de Madrid, y después otros dos que corresponden al vecino reino.

En cuatro secciones se divide esta simpática exposición de Portugal, decorada con exquisito gusto.

La de mapas y documentos es un encanto para la inteligencia y la vista. Allí están la carta del promontorio de Sagres, centro y escuela de los navegantes portugueses; las de Cabo Bojador, Cabo Verde y Canarias (1419 á 1460); la del Cabo de las Tormentas y primera derrota de los Lusiadas (1497 á 1499); el título de almirante dado por el rey Don Manuel á Vasco de Gama, y el modelo de la nao *San Gabriel* en que éste realizó su gloriosísima aventura.

Son de primer orden la orfebrería, mueblaje y tapicería del siglo XVI, y completo el álbum fotográfico de los monumentos *manuelinos*.

En los citados salones, que desembocan á la izquierda del vestíbulo, concluye la Exposición Histórico-Americana.

Aunque el tiempo urge y falta espacio, subamos la marmórea y soberbia escalera principal, y recorramos de largo la Exposición Histórico-Europea.

Iremos notando á escape lo que más sobresale entre tanta grandeza y hermosura.

SALA I.^a Un incensario ojival del siglo XV. Es de un convento de benedictinos del Austria meridional.

2.^a La armadura del *penitenciado* de Valladolid, que debió ser el segundo marqués de Poza.

5.^a La capa del cardenal Albornoz (Toledo); la bandera de Lepanto, la de las Navas de Tolosa y la del Salado.

6.^a Caja de plata repujada de la catedral de Astorga (siglo IX). Custodia ojival regalada á Játiba por Alejandro VI. Portapaz de Ciudad Real. Cáliz ojival de Lugo. Estatuas de plata de San Juan Bautista, San Pedro y Santiago, de la catedral de Compostela.

7.^a Las ánforas de Sevilla; la cruz y el cáliz de Osuna, y las tablas de Vich (éstas del siglo xv).

8.^a Los cálices de plomo de León (siglo xix), y el cuadro de la Adoración de los Reyes.

9.^a Cáliz y portapaces esmaltados, de Valencia. Una notabilísima casulla cerrada.

10.^a Varias capas historiadas del cabildo de Zaragoza; una bandeja de plata repujada, italiana de procedencia y gusto; unas vinajeras de Limoges (siglo xvi), y una riqueza en tapices, pertenecientes también al cabildo zaragozano.

19.^a Arca Rica y preciosa colección de veneras inquisitoriales, propiedad del señor general Nogués.

22.^a Famosa cruz ojival de Amusco. Custodias de Astudillo y Támara. Caja árabe, de la catedral de Palencia (siglo xi).

Entre las colecciones, sin contar la espléndida de Palacio, figuran en primera línea la del conde de Valencia de Don Juan, la de los marqueses de Cubas y Castrillo, y la originalísima de clavos y hierros, del Sr. Duque.

Una mirada á las armas y ropas de Boabdil, del marqués de Viana, y hemos concluido.

Jamás, jamás volverán á reunirse tantos tesoros y maravillas como los acumulados en ambas Exposiciones, donde el curioso puede encontrar y seguir toda la proto-historia é historia de América, y admirar el caudal suntuario y artístico que poseían en la época del descubrimiento la madre España y varios pueblos de Europa.

En verdad decimos que aunque no hubiera habido fiestas, congresos, alardes navales, fundaciones, ni nada de lo que hubo desde principios de agosto hasta mediados de noviembre, esas dos portentosas exposiciones bastarían para demostrar al mundo que la nación española ha sabido cumplir con su deber en la conmemoración del glorioso *Centenario*.

ALFREDO VICENTI

